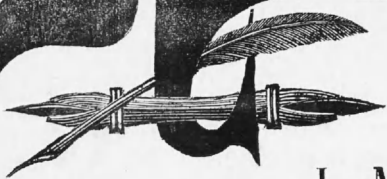


# EL DOMINGO



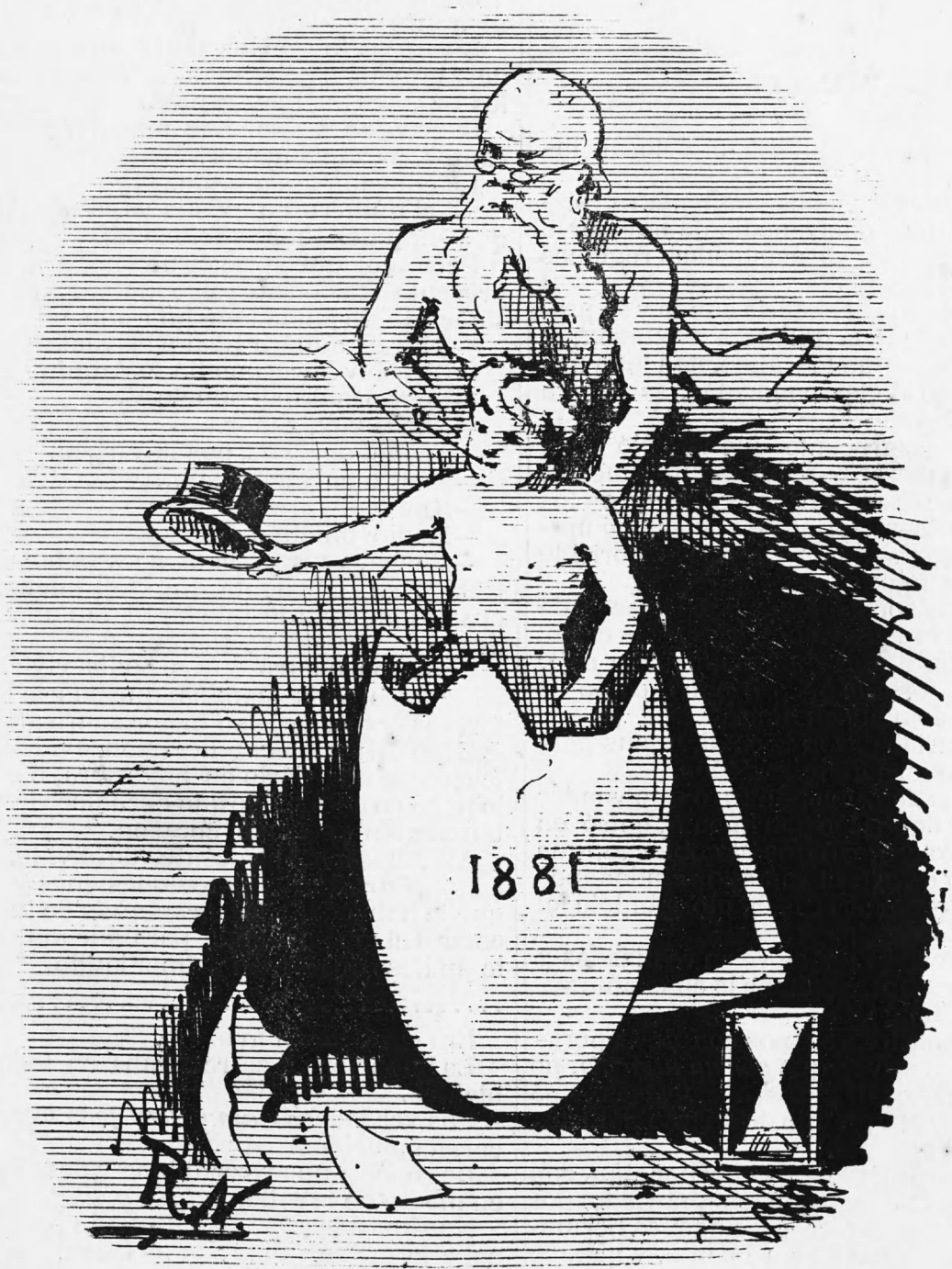
PASATIEMPO SEMANAL ILUSTRADO.  
REDACCION.

J. MILLÁN ASTRAY.—R. NAVARRO.—J. PUGA.

AÑO I.

Coruña 2 de Enero 1881.

NÚM. 8.º



## SUMARIO.

TEXTO. El 1231, por X. —\*\*, por Arturo Vazquez.—Luz, por Vicente Platél.—A una rosa, soneto, por M. Sors Martínez.—Mi gato, por Gonzalo Brañas.—Filosofía del estanco, por Vicente Platél.—Impresiones, por J. M. A.—Epigrama, por Cándido Salinas.—Recortes.  
GRABADOS. 1881, por N.—Los crepúsculos, por R. Navarro.

**Nuestro Director agradece con toda el alma las frases cariñosas que estos días le han consagrado todos los colegas locales, con motivo de la terrible desgracia que le apena.**

**Las deudas del corazón no se satisfacen con nada, y solamente un reconocimiento eterno es lo que puede ofrecer en estos momentos a sus queridos compañeros, nuestro afligido amigo Millan Astray.**

## EL 1.231.

La afición al juego de la lotería, es colosal, inmensa, imposible.

Con las necesidades sociales aumentan precisamente los gastos, y no hay medio de atender á los últimos sin buscar en desconocidas regiones lo suficiente para salir del día.

De aquí que la afición á la lotería cunda y se propague mas todavía que la Filoxera vaxtatrix, y que entre las locuras que los alienistas han aumentado al catálogo de las conocidas, se cuente la de *el jugador de lotería*.

Yo conocí á un desgraciado que falleció hace poco, despues de haberse paseado algunos meses, bajo los árboles que forman bellas carreras en los jardines de un manicomio, que se volvió loco única y exclusivamente por una peripecia horrible relacionada con la lotería.

Hombre de buena sociedad y buenos deseos de divertirse; antiguo aficionado á teatros y cafés; constante campeón de las damas de *cierto pelo*; vió marcharse su fortuna poco á poco, como se consume el aceite de una candileja.

Sus gustos no variaban con la edad, ni sus gastos se menguaban con los desengaños.

Ya en cierta situación, cuando tuvo que vender los últimos restos de su rico patrimonio, entró en él la fiebre del juego, y creyó que el gobierno, que siempre protege, ó debe proteger á los ciudadanos de una nación, le protegería á él, otorgándole el premio gordo de la lotería.

Pero sus aspiraciones no se veían realizadas y la caprichosa suerte no escuchaba la constante súplica de mi pobre amigo.

Alguna vez rompía los décimos con desesperación ante las listas, al ver que *por un número*, no le habia tocado veinte mil pesos, otras veces tenia la suerte de *pesca* un premio de cuarenta duros, y él habia jugado ochenta.

Pero los pobres jugadores experimentan con frecuencia las alucinaciones de los que viajan por el desierto, que creen ver cerca ciudades hermosas que les brindan delicias sin cuento, y cuando se acercan al que suponen sitio de dichas, aquellas se apartan mas y mas, y no hallan nunca los encantados palacios que se forjó la mente.

Nuestro jugador estaba desesperado: de su buena hacienda quedaban solamente unos duros, que por poco tiempo podrian satisfacer las perentorias necesidades del desgraciado personaje.

Cansada de trabajar su imaginación fué el 21 de Diciembre á tentar la suerte por última vez.

Llegó á la Administración de Loterías, pero con un pensamiento fijo.

Buscaba un número determinado; número que se le apareciera en sueños la noche anterior.

Número que tenia todos los encantos apetecibles.

¡El 1.231!

¡Qué precioso número! ¡Acuántas combinaciones se podia prestar!

Sumando todos los números que lo forman suman SIETE.

Siete, que fueron los sábios de Grecia, las plagas de Egipto, las columnas del templo de Salomon, los Infantes de Lara, y hasta los niños de Ecija.

Siete tiene la forma de martillo y siete mil encantos, para el jugador.

La emoción era grande.

¡Si el número no existia ya, ó no habia venido, qué seria del pobre aficionado!

Pero Dios que aprieta, no ahoga nunca, y en la presente ocasión no quiso matar las postreras ilusiones de un ciudadano honrado.

—¿Hay el número 1.231 á la venta?

—Diré á V.—respondió el Administrador.

—Pues pronto, dígamelo V.

—Ahora voy, señor.

—Acabe, por Dios, por la Virgen.

—Pues bien señor hay...

—¿Qué?

—Medio billete...

—Venga, venga... la dicha... la felicidad...

Pagó sus cincuenta duros el infeliz, y cuatro, CUATRO tan solo le quedaron de su pasada grandeza.

Pero con cuatro duros podia vivir hasta el 23 á las doce de la mañana, que en ese momento la fortuna le otorgaria su mejor sonrisa.

Cojió mi amigo el billete con avidez, y no satisfecho con guardarlo en la cartera, ó en el gaban, lo puso en un bolsillo que el chaleco interior de estambre tenia sobre el corazón.

Allí, al lado de ese centro de la vida, que palpita á impulsos de las emociones mas encontradas; que le habia dado la *corazonada* de jugar el 1.231, estaria el medio billete, para que al llegar la lista, le pudiese dedicar su primer latido.

.....  
Era el 23 por la mañana.

La impaciencia se retrataba en todos los semblantes.

Los verdaderos *amateurs* de la lotería andaban cariacontecidos.

De repente una voz chillona y destemplada grita en medio de la calle, *la lista grande*.

Nuestro héroe se abalanza á la niña que pregona la suerte, lanza una mirada á los números y se desvanece.

Pasa la mano por la frente. No puede creerlo. Allí está, no hay duda, no puede mentir la lista.

Podría equivocarse en un premio pequeño, pero en el mayor, imposible.

¡Al 1.231 cayó el premio mayor!

Medio billete es una fortuna.

Un poco repuesto, dirigió su mano al bolsillo del chaleco interior el feliz mortal y... su semblante tornóse lívido, sus dedos se crisparon, su mirada tornóse vidriosa, y prolongándose de una manera espantosa su boca, lanzó una carcajada, horrible, inmensa, y empezó á correr sin dirección fija por las calles.

Se había vuelto loco.

Al otro día llegaba á casa la lavandera del desgraciado demente.

La ante vispera le había dado á lavar el chaleco de estambre, suplicándole que lo lavase pronto, muy pronto, pues le abrigaba mucho.

La pobre mujer así lo hizo, pero antes de mojarlo, notó el bulto que hacia el papel y sacando el afortunado billete, lo guardó para entregar al dueño del chaleco....

El infeliz estaba con camisa de fuerza, pues al buscar el papelito, recordó con desesperación lo que le sucediera y creía ya arrebatado por las aguas el mágico documento al portador.

La *atribulada* familia del desgraciado, se encargó de cobrar los millonajes que tan perseguidos habían sido, y de mandar á un lujoso manicomio al infeliz que murió al poco tiempo, después de escribir en paredes, en arena y en todo lo que podía el número afortunado y fatal á la vez, el 1.231.

X.

Madre Vénus, madre Vénus,  
por el culto que te rindo,  
que protejas mis amores  
ó que encierres á tu hijo.

Yo que tan dulces ofrendas  
en tus altares dedico,  
¿qué te hize, madre, que ahora  
complácaste en mi martirio?

A ablandar tu hermoso pecho,  
ese pecho empedernido,  
no basta que me consagre  
á tu culto de continuo?

Madre Vénus, madre Vénus,  
tu que ves mi pecho herido  
por las aceradas flechas  
de la aljaba de tu hijo.

Tú que otras veces hungíasme  
con el bálsamo divino  
que de amor para los males  
es eficaz lenitivo.

¿Por qué te complaces ahora  
en avivar mi martirio  
si hoy, como antes, en tus aras  
corro á adorarte solícito?

Así veas á tus plantas  
al bravo Marte rendido,  
sin que el deforme Vulcano  
llegue nunca á apercibirlo.

Así tu suave imperio  
veas doquier extendido  
y de tus bellas rivales  
triunfes en el Olimpo.

Que de la ingrata que adoro,  
por la que muriendo vivo,  
el corazón despiadado  
le tornes más compasivo.

Dulce siempre y cariñosa  
con tus amantes has sido;  
diganlo Baco y Anquises,  
y el hermoso Adónis dígalo.

¿Y has de permitir, oh madre,  
que una mortal, al divino  
precepto se muestre sorda  
y el duro pecho de risco  
no se ablande con mis quejas  
y se goce en mi martirio,  
y al amor en que me abraso  
no corresponda propicio?

Madre Vénus, te lo ruego  
por el culto que te rindo,  
ó protéjeme mis amores,  
ó haz que encierren á tu hijo.

ARTURO VAZQUEZ.

LUZ.

Luz, es mi bien, mi tesoro,  
Luz, es la niña que adoro,  
Luz es mi vida, mi luz,  
cuando sus ausencias lloro  
vivo en el triste capuz.

De su mirada el fulgor  
á mi alma dá calor,  
y en mirarla tengo empeño  
¿cómo no? si con su amor  
todo lo veo risueño.

Despierto, mi pensamiento  
no tiene mayor contento  
que siempre pensar en ella,  
y mi sueño es violento  
por mi amor y su querella.

¡Luz!! exclamo á voz en grito,  
hasta que al ver cual me agito,  
la patrona ¡pobrecilla!  
viendo que luz necesito  
trajo al punto una cerilla.

VICENTE PLATÉL.

Á UNA ROSA.

SONETO.

Cuando naciste te llamaron *Rosa*,  
y por Dios que en el nombre han acertado:  
*rosa* tiene tu labio sonrosado,  
y *rosa* tu mejilla candorosa;

*rosa* luce en tu mano primorosa  
cual *rosa* que en la nieve haya brotado;  
y también tiene *rosa* el nacarado  
matiz de tu garganta pudorosa.

Teniendo tú más *rosas*, *Rosa* bella  
que en Jericó las célebres colinas,  
¿por qué una *rosa* nuestro amor no sella?

Dame una *rosa* si á mi amor te inclinas,  
que aplacará esa *rosa* mi querella,  
aunque sangre me infieran sus espinas.

MARCELINO SORS MARTINES.





Crepúsculo matutino.—La Castañera.



Crepúsculo vespertino.—El Cafetero.

MI GATO.

(PERFILES AL CARBON.)

Yo tengo un gato de Angola,  
Perdonando la manera  
De señalar, y no es bola,  
*Vera effigies* lastimera  
De la nacion española.

Aunque el mundo se desplome,  
Con indolencia infinita—  
Que es caso raro que dome—  
Cuando no dormita come...  
Cuando no come dormita...

Solamente le desvela  
El olor de la cazuela;  
O bien, brincando molesto,  
De la compra en pos del cesto  
No corre el gato, que vuela.

En verano, en el balcon,  
Se estira al sol cual un zuavo,  
Y del frio en la estacion  
Enróscase en el fogon,  
Embozándose en el rabo.

A veces, gato novel,  
Juega con algun papel;  
Pero en viendo un ratoncillo,  
Si te escapas, si te pillo,  
Lánzase alegre tras él.

En otra ocasion mejor  
Suele andar aun más ligero,  
Mau llando quejas de amor—  
De tejados trovador—  
Al son del cierzo de enero.

Comer; dormir; conbambolla,  
Que muy mal pega con esto,  
Como el gato en pos del cesto  
Saltar detras de la olla...  
Podrida del presupuesto;

Sin dársele ni una col  
El enmarañado lio  
Que trae el pueblo español,  
Tomar en invierno el sol,  
Tomar el fresco en estio;

Cuando más—nó á precios módicos—  
Jugar en momentos dados  
Un dia á los diputados,  
Otro dia á los periódicos...  
Y otro, acaso, á los soldados;

Y en vez de á un raton ó dos  
Fisgar en los agujeros,  
Ir, tratando de tú á Dios,  
Con igual placer en pos  
De flamencas y toreros;

Y de una beldad esclava  
El alma, y por ella en vela,  
Con navaja, en callejuela,  
Pelar de noche la pava  
A compas de la vihuela;

.....

Tal es—con la excepcion sola  
Que cualquiera regla entraña—  
El paralelo, que daña,  
¡Ay! entre un gato de Angola  
Y un ciudadano de España.

Si á la española nacion  
No le gustare el retrato,  
Piense que en nuestro blason  
Se ve pintado un leon...  
¡Y no hagamos, pues, el gato!

GONZALO BRAÑAS.

FILOSOFÍA DEL ESTANCO.

(EXCENTRICIDADES.)

¡Qué desgraciados debieron ser los antiguos!  
no fumaban.

Por mas que hago, no puedo acostumbrarme á  
la idea de considerar al hombre que no fuma, có-  
mo un semejante mio; el complemento del hom-  
bre es el cigarro, el cigarro es además un compa-  
ñero en nuestras soledades, el lazo con que se  
anuda una amistad naciente, el pretesto para una  
conversacion, y una vez acostumbrado y familia-  
rizado con el cigarro, viene á ser una necesidad  
para el hombre.

Compadezco al que no fuma; él se verá libre de  
hechar el pulmon por la boca, de abrasarse la gar-  
ganta, pero no tiene con quien distraer sus insom-  
nios, con quien departir sus cuitas.

¡Fumar! hé aquí el anhelo del aprendiz del hom-  
bre, el primer cigarro le causa un mareo mas que  
regular, pero ¿qué importa? todos fuman y es ne-  
cesario no ser menos, hoy que hacer humo á toda  
costa, es imprescindible ser hombre, el cigarro  
nos dá carta de naturaleza como tal fumamos.

No voy á penetrar en los modos de fumar, no  
quiero hablar de los fumadores, me concretaré al  
cigarro, su historia es muy conocida, y además  
yo no la sé, pasará por alto estos antecedentes y  
haremos humo.

¡Humo! ¿qué son las ilusiones mas que humo? y  
sin embargo, la vida sin ilusiones seria demasia-  
do triste, así como las bocanadas que nos propor-  
ciona el cigarro, al abandonar su cárcel, toman  
caprichosos giros y forman por breves instantes  
una gasa, que al elevarse, vá desgarrándose poco  
á poco hasta perderse entre los pliegues de la at-  
mósfera; las ilusiones compañeras inseparables  
de la menta, arrullándose en ella como las tórtulas  
en su nido, forman por breves instantes una gasa,  
que nos separa de la realidad, y nos abisma en un  
mundo aparente de delicias, tal cual le deseamos.

Las ilusiones ¡ah! vivir sin ilusioaes, siempre en  
el espantoso mundo de la realidad, rodeados siem-  
pre de sus miserias, de sus decepciones, de sus  
sarcasmos, seria demasiado tormento, fuera la  
mas grande de las ingraticudes y no es posible,  
no, tan negra soledad.

Las ilusiones son la sal y pimienta de este guisa-  
do que llamamos vida, las ilusiones son humo, el  
humo se produce quemando un cigarro; ¿qué des-  
graciados han sido los hombres cuando no fu-  
maban!

Por otra parte, sin ilusiones no es posible la  
vida, las ilusiones son humo; por algo dijo Larra,  
*la vida es humo, fumemos, chico, fumemos.*

No hace mucho tiempo un amigo mio queria  
*fumarse el mundo*, creo que no lo habrá consegui-  
do, aunque nada de cierto puedo asegurar, pero



es evidente que este seria el colmo de un fumador.  
En América fuman hasta las mujeres, allí se hace mucho humo, por eso hace tanto calor; el calor es la vida, de donde se deduce que, como dice un poeta,

*Y con un cigarrito  
¡válgame Dios!  
cada mujer chilena  
vale por dos.*

lo cuales es aximático, tienen mas vida, son morenas y es el país del oro.

¡El oro!...

Hace unos días, al retirarnos del paseo un amigo mio y yo, me dijo aquel enseñándome el sol poniente;

—Mira, parece una onza de oro.

—Por eso se oculta, le respondí.

Y al clavar en él mis ojos, me pareció que se sonreía y me hacía muecas; no era de extrañar, el sol habia conocido mi candidez, habia leído en la expresión de mi mirada, que no estaba acostumbrada á ver onzas de ORO.

Pero volviendo al cigarro, que es como volver á empezar á fumar, os diré, que, no me hagais la ofensa de creerme un reclutador de fumadores, lo digo como lo siento, el cigarro es un elemento de vida, yo seria la criatura mas infeliz del mundo si no tuviera un cigarro (como me sucede en este momento) tan infeliz, que escribiria un artículo hablando de él y escupiria á menudo, con lo cual lograria hacerme la ilusion que estaba fumando, y como las ilusiones son la vida, y de ilusiones vivimos, llegaria á creer una realidad lo que al fin y al cabo no ha sido mas que un pasatiempo para EL DOMINGO.

VICENTE PLATÉL.

IMPRESIONES.

Conchita, es usted bonita y hermosa como una rosa, una rosa muy hermosa, es usted bella Conchita; y jamás podré olvidar la tarde de primavera en que por la vez primera pude su gracia admirar.

Límpido y hermoso el cielo, la mar inquieta, agitada, el *Memphis* sin decir nada, nos daba un nuevo camelo, cuando de la tarde al fin para el buque sin fortuna, brotó usted como la luna del cuartel del Banderin. Que pié, no se ria usted, de fútiles pormenores, pero, no he visto señores un piñon como aquel pié; Qué mano, que el diablo lleve, si á la verdad falto ahora, no era mano de señora era un copito de nieve, y los ojos... que desmayos, y qué sustos, y qué ojos, me causaron tales ojos, no eran ojos eran rayos, porque al pensar en su fuego, mi corazón aun palpita ¡no me mire usted Conchita, con franqueza se lo ruego!

No puede seguir mi mente un exámen detallado de todo lo que he admirado, y que callo por prudente, mas debe de comprender, que guardo en el alma mia, de usted la fotografia mejor que las de Seiller.

Hecho el pecho una pavesa ya me tiene usted Conchita, qué sombrero, qué botita y qué vestido princesa. Qué donaire, que buen modo y qué gracia y qué saleros, y qué lunar... caballeros y qué... vamos, y qué todo.

Desde aquella hermosa tarde, hay en mi sér una frágua, vamos que soy hombre al agua y estoy pasmado, cobarde.

Su indiferencia da miedo; la vi ayer por la mañana en la calle de Luchana la seguí á la de Acevedo; puesto mi amor en un brete me detuvo un comandante y ella se coló al instante por la calle de Perete; fuí, andube, me cansé, vine, corriendo de todas veras, del alto de Panaderas hasta el chalet de Rubine, ¡pero se coló y en vano pude hallarla, ¡Dios que enredo! vivir sin ella no puedo, por mas que necio me afano! En fin si otro amor esconde su pecho, que me lo diga, que á todo el amor obligu, ¿dónde está el rival en donde?

.....  
.....  
.....  
Así decia yo ayer y hoy lo supe por mi mal, que la pícara mujer se ha marchado á Santander y va en el *Ciudad Condal*. Yo como soy muy prudente no le seguiré la pista, y trataré diligente, de buscar incontinentemente con mas fé nueva conquista.

J. M. A.

1879.

EPÍGRAMA.

Cuando fué realista Anton, con blasfemias espantaba, al mismo tiempo que daba *vivas* á la religion. Anton mudó de opinion y es furioso liberal: hoy, haciendo racional su cambio, con desparpajo echa *vivas* al trabajo, y *mueras* al capital.

CÁNDIDO SALINAS.

RECORTES.

Nos dispensarán nuestros suscritores que en atención á las circunstancias que rodean al redactor encargado de la seccion titulada *De actualidad*, se suprime en el presente número.

La compañía de ópera que actúa en nuestro coliseo se ha reforzado con un tenor, una tiple y un bajo; de su mérito y excelentes condiciones tenemos las mejores noticias y ya daremos cuenta de todo á nuestros lectores.



LA SEÑORA  
**Doña Peregrina Astray Caneda**  
**DE MILLAN,**  
(Q. E. P. D.)

**Ha fallecido en Santa Marta de Ortigueira el 20 de  
Diciembre de 1880.**

El viudo D. Prudencio Millan, hijos doña Obdulia y D. José Millan Astray director literario de *El Domingo*, hermanos, nietos, hijos políticos, hermanos políticos, sobrinos y mas parientes;

Ruegan á sus amigos se sirvan encomendar á Dios el alma de la finada.